

CULTURA POLÍTICA, EMERGENCIA DE LO NUEVO Y EL “FIN DE LA HISTORIA”

*Carlos Alberto Plastino
Prof. da P/U.C. de Río de Janeiro.*

El movimiento popular y de la sociedad civil organizada que culminó con la apertura del proceso de impedimento (impeachment) del presidente Collor de Melo constituye, en sí mismo y por el contexto en el cual se inscribe, un fenómeno colectivo extremadamente complejo, susceptible de una multiplicidad de enfoques e interpretaciones. Uno de sus aspectos más intrigantes es el hecho mismo de haber acontecido, así como las características que jalonaron su emergencia y consolidación. La amplitud cobrada por el movimiento sorprendió sin duda al gobierno, pero también a buena parte de la oposición. Sin desmedro de la firmeza demostrada por algunos de los partidos de oposición en la Comisión Parlamentar de Inquerito (CPI), el movimiento popular creció por su propio impulso y el de diversas organizaciones de la sociedad civil, desmintiendo así la creencia más o menos generalizada en la apatía y despolitización de la ciudadanía. También en la propia CPI los momentos claves que llevaron al enjuiciamiento del Presidente de la República fueron marcados por las valientes declaraciones de servidores humildes (una secretaria y un chofer). A estos dos factores sorprendentes debe sumarse finalmente el motivo que movilizó tanto a las masas populares e instituciones de la sociedad civil, cuanto a los referidos humildes servidores: la exigencia del establecimiento de padrones éticos en la conducción y el tratamiento de los negocios y dineros públicos.

Cultura política, emergencia de lo nuevo y el “fin de la historia”

Esta reivindicación, que en pocas semanas se tornó una exigencia común a millones de ciudadanos, contradice frontalmente a prácticas desde hace mucho tiempo conocidas y toleradas en la vida política brasilera. En consecuencia, la reivindicación de ética en la política por el movimiento popular constituye un hecho nuevo, imprevisto e imprevisible. Sin duda es posible, a posteriori, enumerar el conjunto de causas que lo tornaron posible. Ello no anula sin embargo su característica esencial de irrupción de algo nuevo en el proceso social. De ahí la sorpresa no solo del gobierno sino también de la mayor parte de los actores y observadores políticos.

En descargo de esta imprevisión puede arguirse que el arsenal teórico hoy dominante es incapaz de aprehender acontecimientos como el que comentamos. Como es sabido, la ideología neo-liberal hegemónica sustenta que la humanidad habría finalmente encontrado en el neoliberalismo el cause natural de su organización y desenvolvimiento. Lo que interesa subrayar aquí, es la concepción del hombre que sustenta y establece esta tesis, centrada en la comprensión de la acción humana como motivada esencialmente por los intereses individuales. En esta perspectiva sería esta característica “natural” del hombre que fundamentaría la inevitabilidad del modelo social construido en torno de la preeminencia de la concurrencia generalizada y del darwinismo social. Según esta perspectiva, ninguna transformación significativa del propio hombre sería posible y en consecuencia nada de realmente nuevo podría surgir en el proceso histórico. Como es obvio, la reivindicación de la ética en la política, levantada por millones de personas, apunta a objetivos que nada tienen a ver con el modelo de hombre del neo-liberalismo. Por eso parece natural que,

confrontados con el movimiento social a que aludimos, todos aquellos que a conciencia o sin saberlo adhieren a la concepción del hombre y de la sociedad vehiculada por el neo-liberalismo, tenten integrar la comprensión de lo acontecido en un cuadro de interpretación que les permita reducir la motivación de la movilización popular a cuestiones en última instancia relacionadas con la economía. Enfatizan la importancia de la crisis económica como condición esencial de la movilización popular, argumentando con el ejemplo argentino como contraprueba de lo acertado de su razonamiento. En ese país, afirman, la corrupción y los escándalos no son menores ni menos graves que en el Brasil, sin que ello haya provocado la movilización popular ni la pérdida de legitimidad del presidente. Esta perspectiva me parece equivocada. No porque apunte a un hecho que ciertamente influyó en el proceso en discusión, sino porque esta fundada en una comprensión lineal de los procesos sociales, encerrándolos en un juego de determinaciones que acaba negando la posibilidad de la emergencia de lo nuevo en la historia. Paradojicamente estos “sorprendidos” -en general representantes de algunas de las múltiples vertientes del pensamiento conservador- adhieren así inadvertidamente a la tesis que sustenta la determinación económica de los procesos sociales, tornándose voceros de un “materialismo” habitualmente atribuido a la concepción marxista tanto por los vulgarizadores de esta concepción como por sus detractores.

El condicionamiento económico de los procesos sociales no equivale a su determinación. Constituye una condición de posibilidades -entre otras- no su causa. Es por eso que me parece importante insistir en la significación del proceso en discusión, visto tanto como resultado de un conjunto de circunstancias como de sus probables efectos más allá de la coyuntura específica en que se produjo. Entre las circunstancias aludidas, además de la ya mencionada situación económica, es necesario considerar también la ruptura frontal operada entre el presidente Collor de Melo e importantes sectores del poder económico, político y de la prensa, ruptura esta resultante no apenas de las políticas practicadas por el Ejecutivo sino también por su estilo de gobierno, su negativa de negociar inclusive al interior del grupo social dominante. También la existencia de una oposición fuerte y estructurada -ausente por ejemplo en la Argentina- debe sin duda ser contabilizada entre los factores que tornaron posible lo acontecido. Cada uno de esos factores, así como otros que sería necesario enumerar, resultan de complejos procesos vinculados a las características singulares de la sociedad brasilera y de su historia reciente. Sin embargo nada de eso debe ofuscar la significación del movimiento de la sociedad civil y del pueblo brasilero, que constituye un acontecimiento en el sentido de irrupción de lo nuevo en el proceso histórico, de algo que depende de la iniciativa individual y social, que puede darse o no, pero que cuando acontece se constituye en factor de producción de nuevos sentidos y de otros futuros posibles.

Posibles pero no ciertamente necesarios, ya que si este acontecimiento coloca la lucha política en otro plano, no garantiza ninguna dirección necesaria para el desarrollo de esas luchas. Marcada por la activa participación popular, movida por la reivindicación de valores éticos, el acontecimiento señalado contiene ciertamente los gérmenes de una nueva y más rica vivencia de la ciudadanía, bien como una diferente valorización del significado del orden jurídico e institucional. De ese modo, los elementos que emergen provienen de una cultura política diferente, elementos que si se consolidan, tendrán sin duda importantes consecuencias en el proceso político, social y económico brasilero. La disminución de la eficiencia manipuladora de las formas populistas y autoritarias de “hacer política” será posiblemente una de esas consecuencias, caracterizando una conquista importante para el proceso de

construcción de un sujeto colectivo democrático. Insisto, sin embargo, que esto es una posibilidad, cuya consolidación dependerá de la forma según las cuales se entable la lucha política y de los resultados de esta. Vale la pena recordar en este punto que, con la pose del vicepresidente Itamar Franco, por primera vez asume la primera magistratura un político de oposición al régimen militar. En ese sentido puede afirmarse que, finalmente, la transición acabó, y que no es ciertamente casual que las primeras manifestaciones del nuevo presidente cuestionaran algunos de los dogmas “naturalizados” -en el Brasil como en otros países- como es el caso de la modernización, ni que apenas pocas horas después de haber asumido el nuevo presidente haya sido objeto de críticas severas.

De ese modo, la movilización de la sociedad civil organizada y del pueblo brasileiro redefinieron los datos del conflicto político, social y económico, recolocando com su iniciativa cuestiones que parecían para siempre apartadas de la agenda de las cuestiones públicas. Así redefinido, las luchas políticas deberán transitar por un terreno demarcado de un lado por las exigencias de una cultura política emergente y por otro lado, por la actuación de los sectores hegemónicos tendientes a mantener los parámetros sobre los cuales se construye su dominación. Sería ingenuo ignorar que junto a este elemento nuevo de la cultura política -caracterizado por la reivindicación de una nueva ética, por el fortalecimiento de los partidos progresistas, por la actividad de la sociedad civil organizada y por la experiencia de la fuerza del movimiento popular- subsisten fuertemente arraigados elementos arcaicos de la cultura e del sistema político brasileiro, caracterizados por el clientelismo, el autoritarismo y el populismo.

Por otro lado parece razonable pensar que los sectores hegemónicos deberán actuar en el sentido de disminuir la participación de la sociedad civil y del movimiento popular, intentando así restaurar la situación anterior. En esas condiciones la lucha política e ideológica deberá intensificarse, en un cuadro en el cual directa o indirectamente el centro del conflicto radicará en la posibilidad de expansión de la ciudadanía, en sus vertientes político-ideológica, social y económica. Nada está definido, y sin embargo algo nuevo acontece. Lo que parecía imposible -utópico dirían algunos- se torna posible. Con su pasión reivindicatoria, el pueblo brasileiro demostró que el futuro no está determinado y que los hombres y los pueblos pueden constituirse en sujetos de su propia historia.

